

EN TORNO AL ESCULTOR OCTAVIO VICENT

SANTIAGO RODRÍGUEZ GARCÍA
Académico de Número

*Excmo. Presidencia
Ilustrísimos compañeros
Señoras y señores
Amigos todos*

Hay ocasiones, bastantes, en las que no quisiéramos estar presentes. Esta es una de ellas. La lamento profundamente y, por otra parte, ni he podido, ni quise evitarla.

Confieso que me vino de sorpresa, cuando nuestro Presidente me propuso llevar la voz, en nombre de la Academia en este acto. Es para mí un honor.

Sólo después caí en la cuenta de que mi amistad personal con Octavio Vicent venía muy lejos, como que casi se inició en la niñez; habíamos coincidido en estudios, profesión, y entretenimiento y conversaciones, en alumnos y en instituciones comunes.

Nunca me pareció esto un mérito especial pero me emocionó el que cuando junto con nuestro Presidente recibimos la triste noticia en Tenerife donde habíamos concurrido a un encuentro (que seguramente resultará histórico puesto que se reunían por primera vez representantes de todas las Academias de Bellas Artes de España), algunos con quienes allí coincidimos le conocían personalmente y todos, todos lamentaban con agudo dolor su desaparición.

Porque Octavio Vicent ha muerto, España ha perdido un relevante escultor, Valencia uno de sus artistas más significativos, nuestra Real Academia a uno de sus mejores miembros y nosotros un gran amigo y compañero.

Y me di cuenta de que coincidimos mucho, y más aún en años, los más maduros de su existencia y la mía. Llegamos a vivir en casas contiguas, pared por medio, en la margen izquierda de nuestro río, antes de su reincorporación a Madrid, ya en la última etapa de su profesorado, en la nunca bien comprendida tarea de transmitir saberes y vehemencia creadora a ilusionados aprendices de artistas.

Desde balcones terraza, que miran al seco cauce, he visto, como vio él muchas veces, muchos atardeceres. Cuando la tarde cae van o vienen los aviones, que proceden del campo de Manises; los



Octavio Vicent: «San José», Puente de San José, Valencia.

últimos rayos de sol que se va, reflejan en ellos, convirtiéndolos en luz brillante (como refulgente plata, con larga estela, que también brilla). Poco a poco el foco luminoso se extingue, la estela se va apagando y todo se funde con las estrellas de la noche que empiezan, como una más.

(*) *Discurso académico a cargo del Ilmo. Sr. D. Santiago Rodríguez García, en el homenaje póstumo al Académico de Honor Excmo. Sr. D. Salvador Octavio Vicent Cortina, celebrado el día 7 de marzo de 2000.*

Así me gusta pensar que se extingue nuestra vida. Para los que piensan en cristiano se funde en un cielo de esperanza, para los no creyentes penetra en una oscuridad, cada vez más incierta, de futuro.

Él era hombre radicalmente bueno. Personalismo e irrepentible, tan vehemente y emocional que nunca pasaba inadvertido. Y precisamente porque su vehemencia era consecuencia de ideas claras, de comprensión fácil. Su convencimiento era el de la verdad que se siente (aunque con frecuencia no nos convenga decir).

Y por contraste, porque su verdad era honrada, resultaba generosa y abierta en sus diálogos, que nunca evitaba. Y en ellos estaba siempre dispuesto a comprender las razones de los demás y aun aceptarlas cordialmente. Sólo que frente a la incompreensión sabía terminar y salir airoso poniendo como colofón una ironía socarrona, con socarronería huertana, campesina y mediterránea, magistral escape para no terminar en brusquedades.

Yo le he visto terciar así, con acierto, en muchas ocasiones y me he divertido con su gracejo. Aunque no faltó por ello quien le motejara de «fallero», que trasluce burla burlando ese juego de verdades importantes con el enmascaramiento de excelente trabajo en lo que ya ha terminado —en el mejor de los casos— siendo un gran oficio.

Pues sí, hizo alguna falla y yo recuerdo la gracia con que actuó en una de las más famosas y controvertidas que se han plantado en Valencia y en su plaza del Ayuntamiento, la famosa en aquel año, que, para mayor INRI se llamó falla de Dalí.

Se sabía pretendido que el tal controvertido artista, por aquellos años regresando a España desde los Estados Unidos, hiciera una falla, una de las primeras que, emblemáticamente, el propio Ayuntamiento empezaba a costear para promoción representativa de la fiesta ya internacionalizada.

Dalí respondió, enviando, cuando se le pidió el boceto, una mariposa, recortada de un cromo. El Ayuntamiento esperó mayor aclaración. No llegó esta, pero sí se acordó que uno de los escultores, ya bien definidos en nuestra ciudad, «Octavio», resolviera el asunto. Puesto en contacto con el famoso catalán y en vista de que más solución no llegaba decidió montar una monumental falla simbólica y bien concebida ante la casa consistorial. Se potenció con ella la monumentalidad de las posteriores en el mismo lugar. Eso sí, se siguió llamando «la falla de Dalí»... y hasta figuraba en ella una mariposa.

¿Qué sacó nuestro escultor de todo esto? Tres cosas: Demostrar su comprensiva caballerosidad dejando a Dalí en mejor lugar del que merecía su actuación, el dinero, no demasiado que cobró (dadas las circunstancias) y una comprensión mucho mayor de los falleros.

Decía desde entonces: —»Efectivamente, todos los chicos que se asoman por mi clase habiendo sido aprendices o colaboradores en alguna falla, han adquirido algo importante. Son eficaces, saben montar una cabeza o una figura antes de empezar a modelar, tiene clara la noción del volumen, las arman bien y no se les cae ninguna.

Pero perdernos en anécdotas, de las que podríamos enlazar muchas, sería malgastar vuestro tiempo. No pretendo hacer un discurso al uso, sino evocar un fraterno recuerdo. A él tampoco le hubieran gustado rimbombancias. Como hombre inquieto y por esencia y formación artística, Octavio, como cariñosamente y familiarmente era llamada, se prodigó intensamente.

Le gustaba vivir, pero era, fue, hombre de trabajo, de esfuerzo diario y constante. Aprendió de su padre, excelente escultor y persona de ponderado equilibrio, que nada se logra sin esfuerzo; fue además víctima de la postguerra, esa maldita guerra que todos soportamos como terrible losa y que todos perdimos y a todos nos perjudicó.

Por otra parte, —para quien quiso entenderlo— nos mostró crudamente que hasta la vida es relativa y había que forjarse contra todo... Octavio tuvo la suerte y el apoyo de su padre, excelente escultor y persona de ponderado equilibrio, que nada se logra sin esfuerzo.

Por otra parte —para quien quiso entenderlo— nos mostró crudamente que hasta la vida es relativa y había que forjarse contra todo... Octavio tuvo la suerte y el apoyo de su padre que poniendo su fe en él lo proyectó y lo guió.

El tenía condiciones, lo demostró en sus estudios y en su marcha a Italia, donde supo descubrir un gran horizonte y donde hizo amigos, por su simpatía, con sus nuevos compañeros.

Volvió con un claro propósito: Triunfar. Lo consiguió trabajando para merecerlo, que nadie se llame a engaño. Los periódicos podrán publicar (no pueden hacer otra cosa) sus galardones y las fechas en que le fueron otorgados, los leo de la propia prensa. Jalonan su vida y merecen recordarse los siguientes:

Primera Medalla en la exposición Nacional de Bellas Artes (1960). Segundo Premio Nacional de

Escultura (1955), Primer Premio de Escultura Mediterránea en Alicante (1957), Primer Premio Nacional de Escultura (1958), Premio Azorín de Alicante (1971). En 1983 Doctor en Escultura por la Universidad Complutense de Madrid.

Pero lo que si conviene señalar, prioritariamente es que esa Primera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1950 (máxima consagración oficial de un artista en aquellos tiempos) le llegaba a sus 37 años y es una de las concedidas en edad muy temprana y que bien poco después obtenida por Concurso de Méritos y oposición una Cátedra de Escultura en la Escuela Superior de Bellas Artes de Valencia.

No faltaron lenguas viperinas que lanzaran –¡cómo no!– la sospecha de que todo se debía a Malas Artes. Doy fe de lo contrario porque yo le vi, rabiosamente preocupado, esforzarse en dar vida y componer esas dos figuras de aguadoras que en cruda pugna obtuvieron la recompensa.

Ciertamente, para lo que era habitual llegó muy joven a la cátedra, que a muchos costaba largos años, pero la indiscriminada destroza de la guerra dejaba muchas cosas por reponer y la nómina de escultores era corta. Fue «santero». Los Vicent tuvieron durante años un taller del que salieron valiosas tallas para templos locales y nacionales. En incontables horas de trabajo surgieron también esculturas definitivas en mármol, bronce o piedra que siguen pregonando su acierto.

Cátedra y taller fueron la forja y temple de su carácter y a ellas se añadió, día a día, su gran amor a Valencia a la que siempre quiso quedar vinculado. Conocía cada uno de sus rincones y aquí se sentía a gusto. Pero la ciudad y sus instituciones también fueron conociéndole a él; y de esta simbiosis fueron apareciendo obras suyas que la completan y embellecen. Todos las conocéis porque han madurado en nuestro propio tiempo. Algunas son religiosas, como la Virgen peregrina que desde años pasea sus calles y sus alrededores, o la original estatua en bronce de S. Vicente Ferrer dirigiéndose a los niños huérfanos de esta institución; otras dignifican lugares que son a la vez, prestigio y belleza de la propia ciudad, centro de atención para sus visitantes y vecinos y diferencial ornato de la misma. Casi sobran palabras si aparecen al menos un momento ante vuestros ojos; porque las conocéis tan bien como yo, me remito –a manera de ejemplo– a tres bien importantes y significativas: El monumento al maestro Serrano, la plaza del patriarca y la acertada versión de S. José carpintero en el puente de su nombre.

San José carpintero

Fue una de las primeras y más definidoras esculturas. Encargada por el gremio de maestros falleros en 1951, se yergue ante un espacio abierto, mucho más entonces que en nuestros días. La viril figura del niño que juguetea, bien movida, sobre el banco de trabajo intentando utilizar con desenvoltura, maza y formón.

Fuerza y gracia, conjunción de forma y técnica, efectiva simplificación de planos, es muestra de acierto entre solidez y modernismo.

La plaza del Patriarca

La plaza del Patriarca supuso otro definitivo éxito urbanístico. Entre las calles de Salvá y de La Nave nuestra Universidad proyectada, frente a la magnífica arquitectura del Patriarca un cuerpo saliente que parecía encasillarla. Era importante, después de que la propia Universidad había acertado a dignificar su claustro, ennobleciendo su primer piso y centrando con oportunidad la estatua de Luis Vives, el propio Paraninfo y sus alrededores, armonizar en el exterior ambos edificios y las nuevas construcciones. No fue empresa fácil y hasta enfrentó opiniones. Lo mejor fue el resultado. Un frontis, alargado y horizontal, terminó conjugando la recubierta cúpula de



*Octavio Vicent: «Frontis de la Universidad»,
Plaza del Patriarca, Valencia.*

la capilla universitaria, la roja armonía del ladrillo con sus uniformados ventanales. En la simple arquitectura en piedra colocó Octavio, en sus cuatro nichos, las elegantes y sólidas estatuas en bronce de los fundadores, centrando, en el ponderado templete, la figura simbólica con su fuerza marmórea sobre la concha tarzón del agua. El complemento ajardinado acabó de perfilar una de las más acertadas plazas de Valencia.

Monumento al Maestro Serrano

El tercero y muy otro fue el conjunto que centra el monumento al Maestro Serrano. Aquí el espacio es más amplio y en medio de construcciones nuevas. Del centro de tranquilo embalse emerge, sobre tres sólidos bloques de piedra el bronce que retrata al ilustre músico. Tras él y, envolviéndolo poéticamente, un grupo de mujeres cantando a coro. Es magistral; tan armónico y delicado, con un dominio tal del ritmo y de las formas femeninas que, siendo original, nada tiene que envidiar a los mejores relieves italianos de semejante tema.

Detrás las palmeras del paseo y el conjunto de edificios de amplios ventanales. Bajo nuestro sol mediterráneo, el conjunto, realidad y fantasía, se hace posible, reflejándose junto al azul del cielo, en la alfombra de las aguas. Es un remanso en el inquieto devenir de esta avenida.

Aunque sus obras le han pregonado por media España comprenderéis porqué me he limitado a citar sólo algunas de Valencia, su ciudad ha perdido algo importante de su propia luz y de su propia voz.

Pero nos ha dejado un generoso testamento, una obra inédita para un lugar emblemático. Fue la última de las suyas. Está ya fundida, preparada para integrarse en un conjunto histórico y sustancial. Se trata de unas puertas de bronce para la Real Basílica de la Virgen de los Desamparados. En fechas muy próximas se podrán contemplar, en el vestíbulo de este mismo Museo antes del emplazamiento definitivo tras la consolidación de la singular capilla, a la que van destinadas.

Será un toque más –y muy cualificado–, de este conjunto decididamente nuestro abierto carácter, en que se pueden conjuntar, a pleno sol y en un día de fiesta, elementos tan heterogéneos como la Puerta de los Apóstoles catadrancia, la Real Basílica, la Fuente simbólica de las acequias de su río, y los cánticos y bailes populares, con la de una ciudad abierta, que supo atesorar, a través de los siglos gracia y donosura tan especiales que la hacen diferente.

El análisis de los relieves merece un detenido y denso estudio, se hará sin duda, pero por de pronto, a vuela pluma, estas ocho magníficas escenas, sugieren un primer comentario:

Sorprenden a cualquiera puesto que Octavio Vicent, hábil modelador, exquisito en su dominio de la forma, delicado en el encuentro de una sensible morbidez, entusiasmado siempre de esa sutileza de la gran escultura italiana renacentista, admirador de las hermosas puertas de Ghiberti, de Della Robia y



Octavio Vicent: «Monumento al Maestro Serrano».
Valencia

de todos los relievistas de una época singular, ha hecho aquí algo muy distinto, todo lo contrario, unos relieves sólidos, sobrios y populares de intención. Son como abocetados conjuntos que narran con desenfado las escenas, pero estas, aparentemente toscas figuras, llevan dentro toda la sabiduría de una técnica excelente, es suficiente un gesto, el cambio de posición de una cabeza o de una figura para ver términos, espacios y hasta ambientes. Son unos sabios relieves que la luz potente, al iluminarlos los llenará de un interés popular comprensible y muy acertado.

Una vez más, el generoso y voluntario donativo, de su tiempo y su esfuerzo, honrarán a su Valencia.

Pero en el siglo que acaba y menos aún en el futuro no deben existir razonamientos sin conclusiones.

Es uno de los principales fines de la Real Academia de Bellas Artes de Valencia difundir las bellezas de las obras de arte que en esta tierra se encuentran y las muchas que produjeron los hombres que la habitaron.

Tal es ahora el caso. A grandes rasgos, apelando a vuestro gusto y tratando de no abusar de vuestra paciencia, creo que queda patente la justicia de este homenaje póstumo, que rendimos a un gran artista.

Pero, llegando más lejos, Octavio Vicent fue el gran escultor que merece, a su vez, un monumento. Lo tiene ya en nuestro corazón. Por su acierto es acreedor de ser proclamado «Hijo Ilustre» de la Ciudad. Su ilusión y su entrega profunda a ella esta demandando que se perpetue su nombre. Puede ser dándolo a una calle o por cualquier otro medio que avive la memoria de quien tan generosamente, sin alardes vanidosos ni busca prebendas, la sirvió en su vida con la noble sencillez de su cariño.

Estos días me llega la noticia de que la sensibilidad de nuestro Ayuntamiento ha rotulado bajo su advocación una de las calles de la llamada Avenida Francia.

Nos alegramos por ello; pero el resto ya no está en nuestras manos. Son las fuerzas vivas de la ciu-

dad las que deben proclamarlo. Nos alegramos por ello; pero el resto ya no está en nuestras manos. Cuentan con nuestro aplauso..., y muy probablemente, - como está demostrando vuestra presencia-,... con el vuestro.

He dicho.